

WOLF, ÚRSULA, *La filosofía y la cuestión de la vida buena* (Madrid, Edil. Síntesis, 2002). 224 pp., 24 × 14 cm., ISBN: 84-7738-961-6.

Asistimos desde hace varias décadas a un asombroso reverdecer del interés de la filosofía por los temas éticos, de modo que se ha hablado de un «giro ético» dentro de la filosofía. Uno de los motivos de tal interés es sin duda la desaparición, al menos en el ámbito occidental, de la cosmovisión religiosa como referente moral predominante del vivir y del pensar. Pero esta realidad no es nueva, sino que se va produciendo progresivamente desde los comienzos de la Ilustración. Por ello, la otra circunstancia o motivo que produce la actualidad de la preocupación por la ética es la aparición de cuestiones morales inéditas y de trascendental importancia, cuestiones que ponen incluso en cuestión la propia supervivencia del ser humano como especie. Es el caso de los problemas que forman parte de la bioética, la ecoética, la ética económica y empresarial..., y todo el conjunto de apartados que componen las llamadas éticas aplicadas y ética de las profesiones.

La filosofía ha intentado, sobre todo desde los orígenes de la modernidad, fundamentar la ética sobre principios racionales universales, distinguiéndose entre una moral mínima, de obligaciones universales, y una moral de máximos, o moral de la felicidad, no sometida ni sometible a orientaciones universales, sino a los planteamientos libres y autónomos de cada individuo. Siendo así las cosas, parece lógico que la filosofía se haya centrado casi en exclusiva en el primer aspecto, dejando el segundo a merced de cada cual o de la cosmovisión cultural o religiosa que cada uno profiera. El centro de la reflexión del libro de U. Wolf, catedrática de Filosofía en la Universidad de Mannheim, se orienta precisamente a mostrar la estrecha relación entre la pregunta por la felicidad o vida buena y la reflexión filosófica.

En realidad, nos indica U. Wolf, «el tema de la vida buena ha sido redescubierto en

la filosofía alemana sólo en los diez o quince últimos años» (p. 28), después de que toda la filosofía moral, como hemos señalado antes, se centrara en la fundamentación de una ética racional universal, objetiva, encargada de mostrar las obligaciones o deberes que todo hombre debe tener en cuenta para que sus acciones sean éticas. De ahí que no resulte extraño que Kant, iniciador de esta orientación, excluya de la filosofía la cuestión de la vida buena, por ser un asunto que corresponde a la subjetividad de cada individuo. Pero U. Wolf parte del presupuesto de que no es fácil ni correcto la separación entre moral y vida buena, como piensa que ya lo vieron los propios filósofos kantianos, puesto que no se puede entender la problemática moral sin recurrir a la cuestión de la vida buena, ya que la filosofía moral, en el empeño de buscar y fundamentar qué derechos morales hay que aceptar como universales, tendrá que reconocer que serán aquellos derechos que aseguran las condiciones básicas para una vida buena. Y de aquí deduce la autora que «surge entonces la cuestión de cuáles son los presupuestos o los componentes universalmente necesarios de una vida buena, con independencia todavía del contenido peculiar de ésta» (p. 31).

De esta forma, la autora nos quiere hacer ver que la filosofía moral no puede plantearse al margen de la pregunta sobre la vida buena y sobre el contenido que damos a este concepto, cuestión que está presente, de modo explícito o implícito, a lo largo de los grandes sistemas filosóficos occidentales. De hecho, el ejercicio de filosofar se ha entendido como una reflexión sobre nuestra precomprensión de la realidad, reflexión que desde Sócrates lleva implícita la finalidad de saber para vivir bien, para la realización de la vida buena. Esta pretensión o finalidad también está presente, aunque de diferente forma, en Platón y en Aristóteles. La respuesta a la cuestión sobre qué se entiende por vida buena ha sido respondida a lo largo de la historia por el mito y la religión, y posteriormente por la filosofía en cuanto meta-

física, en la medida en que la cuestión de la vida buena remite al ser humano a plantearse la cuestión por el sentido de la vida, esto es, a una visión global de la vida y de la realidad. Por tanto, si profundizamos en la historia de la filosofía, considera la autora que llegaremos al convencimiento de que hay una conexión estrecha entre el significado de las aporías existenciales, como el sentido de la vida, y el contenido de la filosofía, encaminada a plantearse y a responder a las grandes cuestiones de la existencia. De ahí que le interese a la autora «la cuestión de qué consecuencias tiene, para el objeto y el modo de proceder del filosofar, el origen de la filosofía en la cuestión de la vida buena» (p. 42).

Con este planteamiento de fondo, dedica la primera parte del libro a estudiar la conexión entre la cuestión de la vida buena y la filosofía en los griegos, dedicando un capítulo a Platón y otro a Aristóteles, para centrarse en la segunda parte (caps. 3 y 4) en plantear un análisis sistemático y existencial (ayudándose en esta parte de E. Fromm, K. Jaspers y M. Heidegger) de la cuestión de la vida buena, tal y como la autora la entiende. En la tercera parte, U. Wolf se dedica a mostrar que toda filosofía que trata de plantearse la cuestión de la vida buena, y su trasfondo del sentido de la vida, lleva al menos implícitamente una metafísica. Y precisamente, en la filosofía actual, que se considera mayoritariamente postmetafísica, se advierte que esa misma superación o destrucción de la metafísica muestra de modo más claro todavía la relación entre la filosofía y la cuestión individual de la vida buena. Este punto lo muestra la autora (cap. 6) analizando la crítica de Nietzsche a la metafísica. En la medida en que vivimos en una época postmetafísica, parece que no nos queda más que el ejercicio de reconstruir las bases del sentido desde la perspectiva existencial de la primera persona, tal y como lo intentan las filosofías existencialistas. Por ello en la parte cuarta la autora

analiza los intentos de Dilthey y Heidegger de hacernos ver que, en sus intentos de mostrarnos las raíces esenciales de la vida humana (pertenece a su esencia el empeño de autoclarificación, hermenéutica, y de hacerse cargo de su propia existencia), «estos intentos no logran salir adelante sin recaer en la metafísica» (p. 43).

En consecuencia, en la última parte la autora intenta, desde una óptica postmetafísica, mostrar cómo puede la filosofía en la actualidad resolver la cuestión del sentido y plantearse la cuestión de la vida buena. El problema está en si eso es posible y si no está dependiendo en el fondo todo planteamiento acerca de dicha cuestión, como base que oriente la realización de la vida buena, de unos planteamientos que apuntan a un trasfondo metafísico inevitable. Por eso, de este modo se cumple el presupuesto de la autora de ligar los problemas éticos, sobre todo el de la vida nueva, con la raíz fundamental de la filosofía, advirtiéndose la estrecha relación entre «filosofía y vida buena», título del libro.

Como puede advertirse, el contenido del libro responde a una temática de enorme actualidad, en la medida en que la ética se está convirtiendo en uno de los temas fundamentales de la reflexión filosófica. El mérito de este libro está en intentar mostrar la estrecha vinculación de la pregunta ética con el meollo central de toda filosofía. El modo como plantea la autora la cuestión es extraordinariamente claro y pedagógico, desarrollando paso a paso sus planteamientos y dejando abierta la solución de qué entendemos por vida buena y por el sentido de la vida, en la medida en que tales preguntas dependen del horizonte cosmovisional en el que cada persona se halla instalada. Es un placer leer este libro por la claridad y maestría con que la autora conduce al lector a dilucidar y reflexionar sobre una problemática tan necesaria, profunda y de tan inexcusable actualidad.—CARLOS BEORLEGUI, *Universidad de Deusto, Bilbao*.